

# México frente a los cambios de Europa Oriental

Eduardo Fuentes Uquillas\*

*"El asunto no es si queremos colonizar o no, sino que debemos colonizar querámoslo o no."*

M. Bülow, canciller alemán, 1885.

Un vistazo al nacimiento de nuestro vertiginoso siglo XX nos permitirá, tal vez, comprender con menor asombro los acontecimientos actuales de la "otra Europa", la Oriental. El siglo nació teniendo aún como actores principales a varios de los imperios más poderosos que registra la historia: el británico, el austro-húngaro, el francés y el de la Rusia zarista. Éstos proclamaban sin el menor recato su "destino manifiesto" como amos y señores del mundo, sobre el cual tenían derecho a ejercer un

pleno dominio. El surgimiento de nuevas potencias, Alemania y Estados Unidos, con las mismas pretensiones de sus precursores, introdujo elementos adicionales de tensión que habrían de desembocar más tarde en las sucesivas guerras mundiales.

El expansionismo de las potencias económico-militares, si bien con importantes implicaciones económicas y estratégicas, no requería explicaciones, se justificaba *per se*: había que obtener sistemáticamente más y mayores posesiones en ultramar. Esa obsesión generaría a la postre conflictos de intereses: primero por el control de las colonias y luego por el de las propias fronteras. Ello derivó en rivalidades, alianzas y enfrentamientos que condujeron al fin de los viejos imperios, a la redistribución del mundo y al sufrimiento y la desaparición de naciones enteras. En ese contexto nació la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, que he-

\* Director de Promoción Externa para Países en Vías de Desarrollo y Socialistas, del Bancomext. Las opiniones aquí vertidas no coinciden necesariamente con las de la Institución.

reda del imperio ruso la inmensidad de sus dominios y problemas, así como sus inercias.

Desde el principio, la URSS se enfrentó a múltiples desafíos: la lucha contra Alemania, que tenía en jaque su frontera occidental; la guerra civil interna; la instauración del socialismo en lugar del sistema monárquico-feudal, y, por último, la reconstrucción de la economía que había sido devastada.

El fin de la primera guerra mundial no significó para el nuevo régimen un auténtico período de paz; por el contrario, sufrió el asedio permanente de las fronteras, cuya defensa, dada su enorme extensión, requería innumerables recursos. A pesar de esas dificultades, se inició un esfuerzo sin precedentes en favor de la industrialización acelerada. Sus metas fueron la electrificación del país, la construcción de una vasta red ferroviaria y la expansión de la industria siderúrgica y metalmeccánica, a fin de lograr independencia frente al exterior y competir con las otras potencias.

El mundo se acomodó en un equilibrio precario; la primera guerra dio a luz a nuevas naciones: Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Yugoslavia, Finlandia y las repúblicas bálticas, Estonia, Letonia y Lituania. Con ello se pretendió fracturar los antiguos imperios y disminuir las tensiones entre ellos.

El intento sería infructuoso. Alemania resurgiría como potencia económico-militar, a pesar de las restricciones y gravámenes que se le impusieron en Versalles. En su afán expansionista habría de desencadenar la segunda guerra mundial en 1939, con trágicos resultados: millones de víctimas ajenas y propias, inmensas destrucciones en muchos países, partición de su territorio, redefinición de fronteras, creación de bloques militares y el comienzo de la guerra fría.

Mientras Europa se desgarraba en dos grandes guerras, Estados Unidos se consolidó económicamente; ya en 1914 contaba con 250 000 millas de ferrocarril, su producción de acero ascendía a 9 millones de toneladas y su PNB superaba más de tres veces al de Inglaterra y Alemania, siete veces al de Francia y cinco veces al de Rusia. Su intervención en ambas guerras, prudentemente tardía, le permitió sacar el mejor partido de los conflictos y aumentar su distancia respecto a los países beligerantes.

“Durante la segunda guerra, el tamaño de la planta productiva estadounidense creció en cerca de 50%, y la producción global lo hizo en más de 50%.”<sup>1</sup> El promedio anual de crecimiento durante el período 1940-1944 fue de 15%, debido fundamentalmente a la producción bélica, que se elevó a 40% de la producción total de Estados Unidos en 1943.<sup>2</sup>

Al concluir la guerra de 1939-1945, Japón y Alemania fueron eliminados como potencias militares. Los grandes triunfadores quedaron frente a frente: Estados Unidos y la Unión Soviética. Comenzaba la bipolarización...

1. Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers*, Vintage Books, a Division of Random House, Nueva York, 1989, p. 357.

2. *Ibid.*, p. 358.

A la toma de posiciones geográficas estratégicas, le siguieron alianzas militares (la Organización del Tratado del Atlántico del Norte, el Pacto de Varsovia) y conflictos regionales que pusieron en jaque las fronteras y los intereses vitales de las dos potencias (Corea, Indochina, el Medio Oriente). Ambas apoyaban todo “movimiento de liberación” en cualquier parte del mundo para socavar las zonas de influencia de su contraparte. En fin, surgió la llamada “carrera armamentista”, la cual adquirió proporciones demenciales. Esta lucha en aras de poseer cada vez mayor y más complejo armamento distrajo más recursos técnicos y económicos que ninguna otra empresa en la historia.

Los dos procesos descritos, el expansionismo y el armamentismo aparentemente sin límite, tienen en la realidad un fin muy claro: el económico, pues ambos implican el empleo de recursos incuantificables. La conquista de territorios, el apoyo a movimientos de liberación y la suscripción de alianzas con otras naciones generaron una derrama de todo tipo de recursos, en la mayor parte de los casos a fondo perdido. Por ello, este proceso no pudo sostenerse —sobre todo con la vastedad que alcanzó— por tiempo indefinido. Lo mismo ocurrió con el desarrollo y el despliegue de armamento: requiere inversiones muy cuantiosas que no reditaban directamente nada a la economía. De ahí la necesidad de crear un mercado paralelo de armamento que está estrechamente ligado con los reiterativos conflictos regionales.

La pugna entre las dos potencias devino en una guerra fundamentalmente económica. La táctica consistió en crear una amenaza o provocación que obligara a la contraparte a incurrir en gastos cada vez mayores, empujándola más allá de los límites sostenibles y orillándola a desatender otras prioridades internas. El proceso, que marcó de manera definitiva a la economía mundial, fue objeto de varios intentos, nunca lo bastante serios, para detenerlo.

Se llega aquí al punto crucial, a la verdadera piedra de toque sobre la cual se estructura la nueva estrategia adoptada por la URSS, la perestroika. Gorbachov se encuentra ante la disyuntiva de continuar por la vía tradicional, es decir, seguir desangrando a las economías del bloque soviético y postergar el tan esperado despegue económico y el mejoramiento del nivel de vida de toda la población, o cancelar en forma gradual pero de una vez por todas la carrera armamentista. Ello haría posible destinar los recursos liberados a la economía interna, cuyos rezagos estructurales respecto a Occidente equivalen a varias décadas de desarrollo. En realidad, el problema económico había tocado fondo y ni Gorbachov ni toda la Nomenklatura tenían otra opción. Por tanto, el primer punto del programa de gobierno fue ganar credibilidad en Occidente sobre sus intenciones de frenar drásticamente el armamentismo. Ésta es una concesión que la Unión Soviética hace al mundo y a Estados Unidos en particular, pero antes que a nadie, a sí misma. Es la única salida real al riesgo inminente de bancarrota o de pérdida irremediable de su condición de superpotencia.

El problema económico es ya tan complejo, que Gorbachov debe atacar el segundo frente en forma simultánea. Ya no le es posible ni rentable mantener el cerco económico militar construido en torno de los países miembros del CAME, y envía señales

inequívocas a todos sus aliados en el sentido de *chaque un pour soi*. Es decir, eliminar el proteccionismo que implicaba el respaldo económico, militar y político a los gobiernos de la periferia y liberar a cada uno de ellos de sus compromisos hacia el centro.

Es esta liberación la que confirma el proceso que aquí se comenta. No habiendo respaldo de Moscú para los gobiernos nacionales, los pueblos se lanzan a las calles y en medio de la euforia general uno tras otro se encuentran con el poder en las manos y con la necesidad de crear nuevas estructuras políticas, formular planes de gobierno distintos y, lo más urgente, encarar y resolver la grave crisis económica que los aqueja a todos por igual. En suma, estos países deben prácticamente inventarse de nuevo. Se les ha regalado una libertad a la que tal vez muchos aspiraban; pero pocos esperaban recibir en forma tan inmediata y contundente.

El reto en este momento es enorme. Esos países se enfrentan en general a problemas de deuda externa elevada, carencia de liquidez en divisas convertibles, desabasto derivado de la revisión o denuncia de los compromisos entre las naciones del CAME y falta de dirección de la economía en su conjunto. Si bien se cuestiona el modelo de la economía controlada, y por tanto de los planes quinquenales que lo norman, no es posible suplirlos de la noche a la mañana, puesto que todo el aparato productivo está conformado de acuerdo con la planificación.

No existen ni fórmulas ni precedentes de escala importante que indiquen cómo trasladar el control de los medios de producción, los servicios, la infraestructura, etc., a una clase empresarial (comunal, mixta o privada), que por lo demás no existe fuera de las estructuras tradicionales del poder que hoy se están dismantelando. Todos estos son aspectos básicos que se deberán resolver con fórmulas más o menos imaginativas, que rescatarán sin duda elementos valiosos y compatibles de los sistemas que hasta ahora se rechazaron sistemáticamente.

Muchos analistas piensan que el acercamiento de ese bloque de países al mercado occidental generará una competencia para América Latina por la consecución de fondos de financiamiento y de inversión. Otros opinan que la euforia desatada en todo el mundo entraña el riesgo de repetir el mismo error que se cometió en América Latina en la década de los setenta. En esos años esta región recibió capitales en ritmos y montos muy superiores a los que podía razonablemente absorber sin que se desquiciaran las economías de sus países.

Existen muchos elementos para mantener una actitud optimista sobre los efectos del fenómeno que nos ocupa en la economía mundial, en la de América Latina y en la de México en particular.

Los nueve países de Europa Oriental se enfrascaron en la búsqueda de la sociedad ideal, la de la igualdad en la prosperidad. Para ello se encerraron en gran medida en sí mismos durante varias décadas, tratando de proteger su estrategia de la intoxicación de Occidente. El modelo fracasó y no es éste el momento de analizar las causas, sino más bien las consecuencias. Al volverse insostenible el sistema de bloque cerrado, Europa Oriental entera debe lanzarse al reto de enfrentar la libre competencia con serias

desventajas: un importante rezago tecnológico y la obsolescencia de buena parte de su aparato productivo, el desconocimiento de las técnicas de comercialización (incluyendo la alta tecnología comercial y los vicios ocultos o aparentes del sistema de comercio occidental), la carencia de experiencia y de "malicia", así como de redes propias de comercialización. Son, por lo general, buenos compradores —siempre aprovecharon el poder que les brindaba el sistema de compras centralizadas— pero muy malos vendedores.

La apertura de Europa Oriental aportará un nuevo dinamismo a la economía y al comercio mundiales. Al romperse las ataduras (de ambas partes) que frenaban el libre comercio con Occidente, surge de pronto un mercado de 422 millones de consumidores que comienzan a demandar todo tipo de satisfactores para consumo inmediato que les estuvieron vedados por años.

Desde el punto de vista industrial, a nadie escapa que deberán emprender un proceso acelerado de modernización, para el cual demandarán en forma inmediata todo tipo de insumos y de bienes intermedios y de capital. Su oferta de bienes se verá igualmente afectada: sus mejores productos, que antes estaban comprometidos con el resto de los países del CAME, serán liberados y puestos a disposición del mercado de divisas.

Al suspenderse los planes quinquenales cerrarán muchas plantas o se dejará de producir un enorme número de artículos sin demanda, liberando capacidades productivas que podrán reorientarse con un esfuerzo propio o combinarse con empresas del exterior mediante maquila o subcontratación. Al disponer libremente de sus divisas, las empresas exportadoras tendrán acceso a equipos y componentes de importación para incorporarlos en sus propios procesos y productos, lo cual mejorará rápidamente su eficiencia y la calidad de sus productos.

En el momento actual, América Latina y en particular México están paradójicamente mejor preparados para capitalizar el proceso, en virtud de sus niveles comparables de desarrollo, que los propios países industrializados, incluso los de Europa Occidental. Los equipos y la maquinaria de Europa del Este han probado su eficacia en muchos casos en América Latina y es evidente que no tienen cabida en el mundo industrializado, por contar con oferta propia de mayor nivel técnico. Las economías latinoamericanas pueden, a su vez, proveer gran cantidad de insumos y bienes de consumo que cubrirían ampliamente las exigencias de esa región, la cual aún está lejos de tener acceso a productos complejos y de mayor costo, como los que ofrece el mundo industrializado.

Es seguro que se pueden unir esfuerzos cuando menos en el caso de México y algunos de los países de Europa Oriental y apuntalar de manera conjunta los recíprocos procesos de apertura y modernización. Existe el riesgo, empero, de que las economías industrializadas pretendan captar toda la oferta exportable y la capacidad productiva de aquellos países para asegurar su presencia en esos mercados y después reexportar hacia América Latina y al Tercer Mundo. Ello daría lugar a una intermediación innecesaria que cancelaría las posibilidades de contacto directo entre nuestras dos regiones. Evitar esa situación es posible mediante un intenso trabajo de inteligencia comercial y de promoción decidida. □